

PRÓLOGO

El título de este libro puede resultar demasiado ambicioso para lo que el lector encontrará en sus páginas. No obstante, esta amplitud refleja su objetivo principal: conocer el funcionamiento del tópico de la tormenta en la literatura del Siglo de Oro español. Para ello, sin embargo, no se hará un repaso sistemático a todos los géneros, autores y ocurrencias del motivo, porque dicho planteamiento excede con mucho la intención del autor. Se han intentado trazar las líneas generales de la funcionalidad del recurso ofreciendo unas calas en lugares de particular importancia en la literatura áurea. Esto permite señalar de manera concreta las especificidades que alejan el motivo de su uso tradicional y posibilita hacer hincapié en las transformaciones que obras y autores han realizado en distintos momentos.

Lo particular de los diferentes capítulos esconde, por otra parte, un buen número de referencias adicionales que enriquecen las bases del análisis. Esto se produce, de manera especial, en el capítulo introductorio, en el que, además de apuntar las fuentes tradicionales del tópico, así como su descendencia directa más llamativa, se aclaran las posibles perspectivas desde las cuales el motivo ha de ser estudiado. Será en estas páginas en las que prime el enfoque general sobre los autores y géneros concretos y en las que se cobijan, además, las reflexiones teóricas y el análisis de valores no siempre literales. En esta introducción, por lo tanto, se encontrarán referencias a autores clásicos de diferentes épocas y a otros escritores españoles no coincidentes con los protagonistas de los capítulos siguientes. Tal vez habría sido deseable que este repaso incluyese alusiones a otras literaturas cercanas, pero

ello hubiera dirigido el trabajo a unos caminos comparatistas que desfigurarían el resultado final. Por otra parte, el estudio del motivo de la tormenta en literaturas como la francesa, italiana, portuguesa o inglesa es bien frecuente y ha sido una razón añadida para dedicarle mi atención ante una carencia llamativa en nuestra bibliografía hispánica.

Los capítulos que siguen a la introducción, ordenados vagamente en una diacronía no determinante, comienzan con una paradoja: la ausencia de tormentas en textos que, en principio, habrían de contenerlas. En primer lugar, porque podrían relatarlas tras haberlas sufrido fehacientemente; y en segundo lugar, porque de estas crónicas de Indias y libros de viajes siempre se ha dicho que debían mucho a textos «literarios» en el sentido de ‘ficticios’ en el relato de sus narraciones.

Los apartados sucesivos se centran en autores concretos. Lope de Vega ofrece la oportunidad de constatar la presencia del tópico allí en donde se espera con más propiedad, en su poesía épica. Y, por supuesto, en ella se encuentra con cierta profusión, pero desdibujado en ocasiones por medio de una rica amplificación. Su otra vertiente, la teatral, incluye tormentas de una manera más apegada al tópico que en los géneros abiertamente épicos. Esto se debe a la necesidad de innovación conectada con los esperables receptores de su obra: Lope ilustra generosamente el tópico cuando se encuentra ante un género en el que ya estaba desgastado y con un público que lo conocía sobradamente; por el contrario, el poeta dramaturgo esencializa la descripción de la tormenta allá en donde no resultará tan familiar al público que lo escucha, la comedia. Por otro lado, las necesidades dramáticas en relación al ritmo de la obra teatral exigirán una presentación diferente y, de manera llamativa, más cercana al modelo clásico.

Calderón se ha presentado siempre como ejemplo de un modelo teatral en el que lo escénico es protagonista; por su parte, las posibilidades tramoyísticas de la representación de la tormenta, con todas sus variantes, también parecen campo abonado para el aprovechamiento más espectacular. Sin embargo, este capítulo dedicado a Calderón intenta demostrar cómo el dramaturgo, sin dejar de ser poeta dramático, está más apegado al texto literario, ya que sus tormentas son ante todo texto, texto dramático, pero texto antes que tramoya. Tal vez el peso clásico del motivo y, sobre todo, el valor del texto literario en las comedias de Calderón expliquen esta circunstancia, aun en las repre-

sentaciones más ricas y espectaculares como los autos o las fiestas palaciegas.

Quevedo se aleja de esta tradición porque en su obra no tiene protagonismo ni la épica ni el teatro. Esa será la razón principal por la que el tópico de la tormenta se presenta como elemento esencial de su literatura grave (poesía amorosa, moral, prosa doctrinal...) con valor metafórico. No obstante, Quevedo no se aparta ni de sus fuentes ni de su demostrada técnica imitativa e intertextual. El valor moral y simbólico de la tormenta se presenta desde el nacimiento del motivo, como ya se explica en la introducción de este libro. Quevedo seguirá, por lo tanto, sus valores elegíacos y también aprovechará, como no podría ser de otra forma, la presencia del tópico en sus apariciones escriturarias. El poeta, en este sentido, será el mejor ejemplo de la presencia del tema de la tempestad en la poesía de raíz elegíaca que derivará en toda la poesía lírica occidental.

La base de este libro está en diferentes trabajos que han sido presentados y publicados con anterioridad. Sin embargo, todos ellos se han transformado seriamente para ser integrados en esta monografía. Por otro lado, el concreto objetivo inicial —el estudio del tópico de la tormenta— que está detrás de cada uno de ellos anuncia ya un plan preestablecido en su concepción, por lo que este volumen se debe presentar como un trabajo del que ya se han publicado previamente algunos aspectos concretos de sus capítulos y no como un acopio a posteriori, más o menos estructurado, de análisis previos. De hecho, el capítulo introductorio está necesariamente ampliado y transformado y, como tal, no ha sido publicado con anterioridad. De la misma forma, todos los capítulos se han visto ampliados y enriquecidos con aquellos ejemplos que la publicación en un formato diferente no facilita; y, por supuesto, contienen revisiones y ampliaciones de diverso tipo que no hará falta indicar. El primero cronológicamente fue presentado en el XIII Coloquio Anglogermánico sobre Calderón celebrado en Florencia, en julio de 2002, y publicado en sus correspondientes actas, editadas por el profesor Manfred Tietz, *Teatro calderoniano sobre el tablado. Calderón y su puesta en escena a través de los siglos*, Archivum Calderonianum, 10, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2003, pp. 97-128. El segundo fue alentado por la generosidad de Alberto Blecu y Guillermo Serés, de quienes recibí la invitación a participar en el *IV Congreso Internacional Lope de Vega. El Lope de senectute (1622-1635)*,

organizado por el grupo Prolope y celebrado en Barcelona en noviembre de 2002, un trabajo publicado posteriormente en el *Anuario Lope de Vega*, 8, 2002 [2004], pp. 47-79. El tercer trabajo fue ofrecido como homenaje al profesor Crosby por invitación de su editora Lía Schwartz y publicado como «La tormenta en las crónicas de Indias», en *Studies in Honor of James O. Crosby*, ed. Lía Schwartz, Newark, Juan de la Cuesta, 2004, pp. 137-60. Por último, el capítulo dedicado a Quevedo procede también de una amable invitación de Ignacio Arellano y Antonio Gargano para participar en el *Congreso Internacional «Quevedo Partenopeo»*, celebrado en Nápoles en mayo de 2005 y que ha sido publicado en el número 10 de la revista quevediana *La Perinola*.

Aprovecho ahora esta circunstancia para agradecer ese primer impulso a quienes han animado de manera directa la elaboración de estos trabajos, así como su benevolencia de editores al permitir que recibiera los originales editados en sus correspondientes publicaciones. Y quiero, finalmente, dar las gracias muy vivamente a Luis Iglesias por sus consejos siempre; al profesor Marc Vitse, que me animó a comenzar el estudio del tópico y que me regaló ideas y ánimos; a Ignacio Arellano, que acogió con generosidad casi temeraria este proyecto desde el principio; a Juan Manuel Escudero, responsable directo de la colección, por su cuidado y paciencia exquisita, y a Fernando Rodríguez-Gallego y Alejandra Ulla Lorenzo, quienes, con su acostumbrada eficacia y pulcritud, han revisado y corregido el manuscrito original. En todos ellos he tenido los mejores compañeros de navegación y con ellos he estado siempre amparado de fortunas y a salvo de los nublados, a resguardo de las borrascas y prevenido de las tempestades.

Gures, febrero de 2006